

Solemnidad. Epifanía del Señor.

Lo más importante

"Entonces los magos entraron en la casa. Vieron al niño con María, su madre y cayendo de rodillas lo adoraron". San Mateo, cap.2.

El sobrio relato de San Mateo, sobre los Magos fue completado a través de los siglos, por la imaginación popular. Se empezó a enseñar que eran tres aquellos hombre de Oriente que visitaron a Jesús en Belén. Se les dio nombre propio: Melchor, Gaspar y Baltasar. Se les hizo representar las razas blanca, cobriza y negra. Y en seguida se les llamó reyes.

Sin embargo, en las más antiguas pinturas cristianas, los hallamos sin corona. Y en el templo de San Vidal en Ravena, aparecen como simples mercaderes. En tanto que la piedad anglosajona los denominó "hombres sabios".

"No sé si eran reyes, no sé si eran tres. Pero lo importante es que fueron a Belén", así canta un villancico español. Más datos para nuestra curiosidad ni existen, ni valen la pena. El Evangelio se limita a lo esencial: "Apenas nacido Jesús en Belén de Judá, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto alumbrar su estrella y venimos a adorarlo". Y aquí la palabra magos no señala a quienes hacen magia. En el antiguo oriente significaba practicantes de cierta religión hombres de cierta religión o también hombre de alguna prestancia económica.

Guiados bajo esa luz, llegaron a la casa de la Sagrada Familia. Allí vieron al niño con María su madre, y cayendo de rodillas, le adoraron.

Lo esencial de estos peregrinos es su encuentro con Jesús. Abandonaron su tierra y sus bienes. Se atrevieron bajo la luz de un astro nuevo, por los caminos que se extendían bajo sus ojos. Dejaron de un lado sus cabalgaduras y los camellos cargados de provisiones. Entraron a la casa, cayeron de rodillas y adoraron al Salvador.

Adorar significa etimológicamente, llevar algo respetuosamente hasta los labios. Por eso la adoración es de la familia del beso y de la plegaria. Y anuda el temor de Dios con el cariño.

Ojalá llegue un día en que nosotros, desnudos de tantos convencionalismos que nos disfrazan, nos encontremos cara a cara con El para adorarle. Comprenderíamos entonces que nada valen títulos, condecoraciones y ropajes. Nos sentiríamos limpios de tanta mentira institucional y reconciliados con la verdad de Dios. Comprobaríamos que sólo El colma nuestras esperanzas.

Mientras tanto, caminemos esforzadamente hacia el Señor. Que el ansia de poder no nos detenga entre los grandes. Atrevámonos más allá de Jerusalén, hasta Belén. Que el oropel de la casa de Herodes no nos empalague los ojos. Se ve mejor bajo la luz de

Dios, y sobre todo, se alcanza a distinguir con claridad la verdadera estatura de las personas y de las cosas, como les sucedió a los Magos.

“Levántate, - le dice el profeta Isaías a Jerusalén y ahora a nosotros -. Porque llega tu luz. La gloria del Señor amanece sobre ti. Entonces lo verás, tu corazón se asombrará y se ensanchará”.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.